

## Rodrigo

–Otra vez está ahí –dice Nuria al fin a través del móvil que sostiene con dificultad entre sus dedos temblorosos, con un hilo de voz apenas audible después de un silencio breve, tenso, mientras intenta forzar, articular con una especie de vehemencia que resulta inoperante, pueril, una naturalidad que se queda en un intento fallido porque, muy a su pesar, su hija Adriana lo está mencionando de nuevo, otra vez se está dirigiendo a él como si estuviera presente en el salón, como si no quisiera perderse por nada del mundo una entrañable escena familiar en la que solo debería haber cabida para ella y su bebé de tres años–. Otra vez –añade masticando una tristeza infinita, soportando el peso de una amargura densa, ominosa, una angustia insoportable que le hace pensar que nada tiene sentido, que las costosas visitas al psicólogo y a los terapeutas del centro escolar, que están siguiendo el caso dadas la persistencia y la obstinación que está poniendo ella en el asunto, no están surtiendo el efecto esperado, que todo se diluye en una terrible incapacidad para lograr su objetivo: que Rodrigo desaparezca de la vida de su criatura.

Gabriel, metódico, racional, cartesiano, en definitiva, muy metido en su papel de ingeniero con un cargo de mucha relevancia, no dice nada. Prefiere mantenerse al margen de la desesperante enajenación en la que vive Nuria. Ya se ha quedado sin palabras ante la enésima llamada que le hace su esposa en relación al amigo fantasma de su hija. Una vez más se limita a escuchar la voz frágil, ajironada, de ella a través del móvil, desde un mundo gélido, aséptico, imparcial, sin dejar de mirar la pantalla del ordenador en la que está cuadrando las cuentas de un proyecto, sin desligarse de un sentimiento de indiferencia hacia ella, hacia esa persona a la que hace tiempo no reconoce y a la que escucha respirar de una manera torpe, deslavazada, vencida, como si estuviera al borde de un abismo hacia el que él no piensa dejarse arrastrar.

–Gabriel, ¿qué podemos hacer?

–Nada –dice él con fastidio al comprobar que no cuadran unas cuentas, como si este descuadre inesperado le devolviera a la realidad en la que, una vez más, se ve obligado a tener que dar la misma respuesta–. Todos los profesionales que están tratando el caso de nuestra hija coinciden en apuntar que es algo normal, que no es la primera vez que se encuentran un caso así ni será el último. Nuria, nuestra hija no está loca, no ve muertos y no ha sido enviada por ningún Dios a salvarnos de este mundo de mierda. Nuestra hija es un bebé de tres años que va a la guardería, que ya empieza a sentir, a emocionarse, a enfadarse, a disfrutar, a vivir de una manera cada día más consciente y a tener, por qué no, un amigo imaginario.

–¿Un amigo imaginario al que quiere matar con un cuchillo? ¿Un amigo imaginario que le impide relacionarse con normalidad con otros niños? ¿Un amigo imaginario que le está alejando de nosotros? ¿Ese amigo imaginario te parece normal?

–Sinceramente, creo que exageras.

–¿Yo exagero?

–Nuria, por favor, estoy en la oficina. En cuanto pueda, me voy y seguimos hablando.

–¿No nos estaremos equivocando al no darle un hermanito?

–Nuria, este asunto ya lo hemos hablado un millón de veces y creo que ahora no es el momento más adecuado para retomarlo. Quiero terminar unos asuntos pendientes lo antes posible para irme con vosotros a casa y disfrutar de mi familia.

–Sí, claro. Cuando Adriana ya esté acostada y puedas sentarte cómodamente en el sillón a ver una de tus series.

El reproche. El rencor. Sus agujijones. Todo ello concentrado en estas palabras de Nuria antes de que Gabriel, enfadado, molesto, dé por finalizada la llamada y lance el móvil sobre la mesa como si fuera un arma arrojadiza, con esquivas de algo que pudiera asemejarse al odio, a una especie de desvalimiento que quiere considerar como apócrifo pero que, sin embargo, está ahí, real y denso, muy real y muy denso.

\*\*\*

–Rodrigo, eres un imbécil. Tú no puedes conmigo. Pienso matarte con un cuchillo y arrancarte la cabeza –dice la pequeña con dureza, con crueldad, malévolamente, escupiendo un odio y una ira impensables en un bebé de su edad, con una voz excesivamente grave, con una solidez y una consistencia desconcertantes, pasándose la mano derecha por su cuello, como si se lo estuviera rebanando y quisiera alertar a esa persona a la que se dirige que va a acabar con ella de una manera real, a esa persona a la que parece tener en frente, a su altura y a la que mira de tú a tú, sin ningún tipo de complejo de inferioridad. Nuria le mira con incredulidad, desde el silencio, sobre una especie de tristeza o de dolor o de torpeza o de recogimiento que la estremece, que la impide decir algo, unas simples palabras en las que agrupar un sentimiento, un mandato, una orden. Al fin y al cabo, ella es la madre de la pequeña, su guía, su luz, su reflejo, y debería ser capaz de sobreponerse a esta situación y transmitir un mensaje coherente en el que se plasme la autoridad que se le supone inherente por ser un adulto y, con mayor motivo, por ser su madre. Sin embargo, Nuria, sentada en la punta del sillón, sumida en un temblor único y sobrecogedor, a escasos dos metros de su hija, al borde de la lágrima, no sabe qué hacer, cómo actuar ante una afirmación de este calibre que no es la primera que se produce y que, desde hace varias semanas, la tiene en alerta, sumida en una especie de preocupante ineptitud que pone de relieve su impericia para dar con la solución adecuada a este problema.

En ese instante, escucha un tintineo de llaves familiar en el vestíbulo que enseguida asocia con Gabriel. Siente una especie de salvación terapéutica, necesaria, forzosa, que en cualquier caso parece desligada de un sentimiento amoroso. Respira tranquila, aunque sintiendo la incómoda presencia de un agotamiento físico similar al que conlleva correr una maratón. Quiere agradecer a su marido que, al final, haya salido pronto de la oficina y haya llegado antes a casa, pero no sabe, no puede o no quiere verbalizar unas palabras que entiende presuponen cierta dependencia, como si en cierto modo se estuviera arrastrando sin haber llegado aún a un acuerdo concreto con Gabriel en lo referente a Rodrigo, el amigo imaginario de su hija. Ella cree que sería caer demasiado bajo. Y no quiere. Ya no quiere. O al menos ahora no quiere.

La pequeña sale corriendo hacia su padre.

–¡Papi, papi, papaíto!

Gabriel deja caer la cartera en el suelo y recibe a su hija con los brazos abiertos. La eleva, la retuerce, la agita y le dice lo guapa que está y lo mucho que la ha echado de menos durante todo el día. Adriana le cubre de besos sin dejar de sonreír de una manera alegre, despreocupada, de una manera asombrosamente luminosa en la que se percibe un vínculo inquebrantable que se traduce en felicidad. Nuria siente envidia, su quemazón.

–¿Juegas conmigo?

–Claro, ahora mismo.

Gabriel se quita la chaqueta, la corbata y los zapatos y corre al cuarto de juegos de la mano de su hija sin dar a Nuria ese beso de rigor que hace años se daban en la boca de una manera apasionada e inequívocamente amorosa, cuando el tiempo y la

rutina no habían erosionado aún la piel de un amor que parecía ser poseedora de una tersura inextinguible; ese beso que más adelante empezaron a darse en la mejilla, que luego se dieron en la frente al reencontrarse al finalizar una nueva jornada laboral y que desde hacía unos meses ya ni siquiera se daban, aproximadamente desde que las amigas de Nuria comenzaron a ventilar los rumores de una posible infidelidad por parte de Gabriel, un desliz al que Nuria ahora ya no da crédito pues, al fin al cabo, sus amigas siempre se han basado en afirmaciones y criterios que no atienden a datos concretos, objetivos, en comentarios inciertos que posiblemente eran malintencionados debido a que fue ella la que acabó conquistando a un Gabriel que, a pesar de ser insultantemente joven, ejercía como ingeniero jefe de una emergente multinacional. Sin embargo, lo que tanto Gabriel como Nuria tienen claro es que están atravesando una crisis que, ya sea propiciada o no por el amigo imaginario de su hija, la realidad es que les está distanciando de una manera peligrosa, como si habitaran universos paralelos.

\*\*\*

–Esta tarde lo he pasado realmente mal. ¿No vas a preguntarme si ya estoy más tranquila? –dice Nuria desde su lado de la cama, con una especie de serenidad calculada, precisa, evitando de una manera deliberada el contacto con cualquier parte del cuerpo de Gabriel, con ese cuerpo que desea y repele, que cautiva y rechaza a partes desiguales, con ese cuerpo que es amante y deudor, promesa y desmemoria.

–Creo que tu reacción ha sido desproporcionada. ¿No será que no juegas con Adriana por las tardes después de recogerla en la guardería y por eso tiene que inventarse amigos imaginarios con los que compartir su tiempo?

–Perdona, no son amigos imaginarios: es un amigo imaginario. Un único amigo imaginario. Siempre es el mismo. Rodrigo. Rodrigo. Rodrigo.

–Ya te he dicho y te han dicho los especialistas que no hay que dar mayor importancia al asunto, que no hay que agobiarse, que igual que surge este amigo imaginario, desaparece en el momento menos esperado, cuando la vida del bebé empieza a normalizarse. Mientras tanto debemos permanecer serenos.

–Gabriel, lo que me preocupa es la actitud violenta que adopta cuando dice que está con él. Le cambia la voz, el carácter e incluso el físico. Parece un ogro, un ser muy perverso en vez de un bebé de tres años. Es como si estuviera poseída por el mismísimo demonio.

–No me digas que ahora vas a creer en esas tonterías de las posesiones.

–¿Y si no son tonterías como tú crees? ¿Y si algún día cumple su palabra?

–Nuria, ¿qué palabra? ¿De qué palabra estamos hablando?

–De matarle con un cuchillo y arrancarle la cabeza.

–Nuria, por favor. ¿Me estás hablando en serio? ¿A quién va a matar nuestra hija con un cuchillo? ¿A quién va a arrancar la cabeza? ¿A un fantasma que se llama Rodrigo?

–¿Y si Rodrigo somos tú o yo? ¿Y si es un niño de la guardería que le tiene manía?

–Nuria, ya es tarde y creo que lo mejor que podemos hacer es dormir.

Nuria calla y, aunque quiere buscar refugio en el pecho de su marido, aferrarse a él, a ese salvoconducto cargado de expectativas beneficiosas para su ánimo, establecer una conexión por muy tímida que sea con ese cuerpo que tanto ha amado y ama y rendirse al sexo que tantas noches se ha postergado durante los últimos meses con excusas ridículas, baladíes, finalmente decide permanecer quieta, inmóvil, en su lado de la cama, en su mundo, en su universo de inseguridades, buscando una especie de serenidad conformista que le irradie la calma necesaria. Sin embargo, pasan los minutos y no consigue cerrar sus párpados durante más de siete segundos seguidos. Gabriel ya

ronca, ajeno a su incertidumbre, a su desasosiego. Nuria cuenta lindas ovejitas que saltan vallas azules. Cuando lleva ciento quince, deja de contar. Ni siquiera un gran rebaño de lindas ovejitas le ha conducido hacia el sueño. Son las dos de la madrugada y sigue sin dormir. Es una situación desesperante, sin una tregua que se vislumbre próxima, real, concreta. Permanece en un estado de alerta, sospechando continuamente de cualquier ruido que se produce en medio de la noche: el grifo y la cisterna del aseo de un vecino; un perro que ladra desde la lejanía; el camión de la basura y su paso lento, de mastodonte de hierro; el derrape de un coche en una rotonda cercana; la sirena de un coche de policía. Son ruidos que aportan esa verosimilitud a la vida que vive, a la realidad que habita y que, sin embargo, le impiden conciliar un descanso reparador. Gabriel sigue roncando. Nuria sigue sin dormir. Las tres y media. Nuria está cansada, terriblemente cansada. Necesita descansar. Quiere descansar. Pero no puede. Sabe que mañana le espera una horrible jornada en la oficina, pero no puede dejar de pensar en su hija, en su dulce y querida hija. Y piensa en Rodrigo. ¿Quién será ese Rodrigo? ¿Será un niño? ¿Un adulto? ¿Un anciano? Le imagina con mil aspectos diferentes, pero ninguno de ellos la satisface. Adriana nunca aporta datos sobre él que permitan reconocerle y asociarle a una persona real, a alguien con una arquitectura de huesos y músculos. Al principio, cuando empezó a interactuar con este amigo imaginario, tenían una relación amistosa, divertida, una relación que incluso a Nuria le parecía comprensible dado que recordaba haber leído en algún libro que los niños que no tenían hermanos o en los que se vislumbraban ciertas capacidades extraordinarias solían crear un amigo imaginario a su alrededor, un amigo que parecía responder a un patrón aceptado universalmente y que les aportaba la compañía y la cercanía que necesitaban para no sentir en exceso las embestidas de la soledad. De este modo, Adriana no tenía tanta dependencia de su madre y esta podía dedicar más tiempo a algunos quehaceres cotidianos que a veces se postergaban demasiado. Nuria observaba a veces cómo Adriana hablaba a Rodrigo con dulzura, con un cariño afectuoso, cordial, desde un apego enternecedor, como si entre ambos mediara una amistad sincera, pura. Sin embargo, desde hace unas semanas, todo se complicó cuando una tarde que estaban jugando animadamente a hacer construcciones con cubos de colores, aunque en realidad era solo la pequeña la que movía las piezas, Adriana empezó a llorar de repente de una manera desconsolada y diciendo entre hipidos inconsolables que Rodrigo era un imbécil y un tonto porque le había empujado y le había dicho que no sabía construir una torre tan alta como él. Después de aquella primera disputa se sucedieron otras en las que, si bien parecía ser Rodrigo el que llevaba el mando de la situación, Adriana empezó a plantarle cara y a hacer comentarios claramente amenazadores y ofensivos, mostrando una actitud violenta y agresiva que fue lo que empezó a preocupar a Nuria. Las cuatro y cuarto. Nuria cree entrar en una duermevela acogedora cuando, de repente, siente sobre su rostro la palma de una mano de pequeñas dimensiones y el jadeo de una respiración entrecortada. Nuria se incorpora como un resorte, como si sintiera un leve pero intenso chispazo eléctrico, enciende la lámpara de su mesilla de noche, descubre a su hija con un aspecto lamentable, atroz, con los ojos saltones y llorosos, las mejillas hinchadas y los pelos revueltos, y le pregunta qué le sucede, por qué está así, por qué no está durmiendo.

–Mami, tengo miedo. Rodrigo me quiere matar con un cuchillo muy grande.

\*\*\*

Gabriel no cree que la excedencia en el trabajo que ha solicitado Nuria y de la que ya disfruta sea la solución adecuada para atajar el problema del amigo imaginario de Adriana; sin embargo, después de hacer un sencillo balance económico y comprobar que pueden permitírselo durante un par de años sin que para ello tengan que renunciar a

su calidad de vida y a un acomodado estatus social, ya no hay vuelta atrás. Nuria cree que es la decisión más acertada que ha podido tomar de cara a compartir el mayor tiempo posible con la pequeña, aunque Gabriel no lo tuviera del todo claro y se opusiera de una manera frontal a esta decisión. Nuria recoge a la pequeña en la guardería a media mañana, cuando ha terminado los quehaceres domésticos, y se la lleva de compras al centro comercial, a dar un paseo por el parque en bicicleta, a tomar un helado al McDonald's o a ver un cuentacuentos en la Casa de la Cultura cercana a su domicilio. Siempre tienen algo que hacer. Nuria se siente feliz porque Rodrigo parece haber desaparecido definitivamente de sus vidas. Rodrigo es un fantasma que pertenece a una época oscura y lúgubre de su pasado. Es como si, de repente, por un efecto mágico, se hubiera diluido en medio de un paisaje en el que ahora reinan el optimismo y la felicidad. El punto de inflexión fue aquella noche terrible en la que Nuria vio a su hija con un aspecto desolador. Durante muchos días, Nuria se ha sentido culpable por no haber adoptado antes esta decisión; ha sentido desconfianza de sí misma y de su capacidad para criar de una manera sana y equilibrada a su única hija. Fue entonces, durante aquella madrugada infinita cuando, con una clarividencia esclarecedora tras ver a su hija en aquel estado tan preocupante, tuvo claro que tenía que dedicar más tiempo a su única hija para que desapareciera aquel incómodo ser imaginario. Aquella misma mañana, después de pasar toda la noche en vela, con una especie de seguridad irrevocable, le dijo a Gabriel que se pediría una excedencia en el trabajo, que no había vuelta atrás. Él quiso disuadirla argumentando que ella era una mujer activa que no sería capaz de sobrellevar su ausencia de actividad laboral, que incluso se devaluaría como profesional y otra persona tan cualificada como ella, o más, ocuparía el puesto por el que siempre había luchado y que había alcanzado gracias a su esfuerzo y constancia, que el suceso de aquella noche solo era una pesadilla de un bebé de tres años, que con toda seguridad, aunque cogiera la excedencia, los terrores nocturnos seguirían apareciendo de improviso hasta que Adriana fuera mayor. Sin embargo, Nuria lo tenía claro. Aquella misma mañana, un Gabriel rendido, distante, desde una elocuente lejanía emocional, la llamó al móvil para decirle que había estado haciendo números y que podrían permitirse su excedencia durante dos años.

Durante las siguientes semanas, las visitas al psicólogo y a los terapeutas del centro escolar se han dilatado en el tiempo dado que Rodrigo parece haber desaparecido de sus vidas, sin embargo, Nuria la sigue llevando a revisiones para evitar posibles recaídas. Nuria también aprovecha el tiempo que tiene libre para cuidarse más, para volver al gimnasio, perder algunos kilos, recobrar esa figura delgada y estilosa que había perdido tras el embarazo y retomar su relación con algunas amigas a las que no había dedicado el tiempo que hubiera querido tras el nacimiento de Adriana. Sin embargo, su relación con Gabriel cada día que pasa es más fría y distante. Las estancias fuera de casa de su marido se alargan durante semanas enteras. Motivos de trabajo, alega él en su defensa cuando Nuria le dice que Adriana le echa de menos, que ella también le echa de menos, aunque cuando le dice que también le echa de menos parece que lo dice con un cariño forzado en el que se perfilan fragmentos de un reproche punzante, molesto. Entonces vuelve a acordarse de la única hija que tienen ambos y le dice que Adriana pregunta mucho por él por las tardes, que quiere que juegue con ella. Sin embargo, Gabriel corta drásticamente la conversación o cambia de asunto. No quiere dejarse afectar por un sentimentalismo edulcorado que muestre de una manera patente una debilidad previsible; por ello prefiere mostrarse frío y distante, no abrir las puertas a una melancolía en la que puedan esbozarse los trazos de una preocupación sentimental que deje a la intemperie su desnudez afectiva. Cuando terminan la

conversación telefónica, Nuria tiene la sensación de que cada día que pasa ella y Gabriel están más alejados; son como dos cuerpos a la deriva con destinos desiguales.

Una mañana, al salir del polideportivo en el que ha estado haciendo deporte en compañía de su amiga Celia a la que llevaba varias semanas sin ver, esta le pregunta si tiene diez minutos para tomarse un café. Desde hace varios días tiene algo muy importante que decirle y no sabe cómo y cuándo hacerlo. Su gesto denota una turbación evidente. Aunque Nuria intenta eludir el compromiso alegando que tiene que ir a recoger a Adriana a la guardería, finalmente Celia consigue convencerla para que se quede.

–Nuria, confirmado: Gabriel te engaña con su secretaria. Ya no lo oculta. Se le ve incluso con el hijo de ambos. El muy hijo de puta ha estado llevando una vida paralela a la que llevaba contigo. El hijo es clavado a él. Puedo enseñarte fotos que tengo en el móvil y que dan fe de lo que te estoy diciendo.

–¿Esto es lo que tenías que decirme?

–Nuria, soy tu amiga. Tenía que hacerlo. No podía seguir ocultándotelo durante más tiempo.

Nuria calla durante unos segundos en los que Celia busca su complicidad extendiendo su mano y tratando de captar la temperatura del dolor que su amiga debe estar sintiendo, pero Nuria se muestra reacia y la esquiva con una especie de algo que podría parecerse al orgullo o al resentimiento o a cualquiera de sus formas.

–Lo siento, Nuria. Entiendo que debe ser muy duro que te digan algo así, pero yo...

Nuria, sin decir nada y sin esperar a que su amiga termine la frase, movida por un extraño y repentino resorte, sale corriendo de la cafetería como una gacela herida, desorientada. No sabe hacia dónde dirigir sus pasos. Todo parece tan irreal que cree vivir una pesadilla. Siente un miedo y un dolor muy físicos, muy reales, como si un negro nubarrón hubiera oscurecido su vida de repente. También se siente defraudada, vilmente defraudada. Quiere desaparecer, morirse, sentir la nada, el vacío, carecer de sentimientos, de emociones. Quiere llamar a Gabriel y preguntarle de una manera directa, sin tapujos, si es verdad lo que le acaba de confesar su amiga Celia; sin embargo no lo hace porque teme que la respuesta pueda ser afirmativa, que de este modo se confirme el engaño.

Al cabo de dos horas de deambular sin un rumbo fijo, desnortada, irreconocible, se da cuenta de que tiene que recoger a Adriana. Es su penúltimo día en la guardería antes de incorporarse al colegio a la vuelta de unas vacaciones de verano que, de repente, han tomado una dimensión inesperada. ¿Con qué cara y con qué ánimo se plantean unas vacaciones con Gabriel? ¿Cómo se le mira a la cara a un adúltero sin perder la compostura cuando vuelve de un viaje sobre el que ya no se tiene la certeza de que haya sido por motivos laborales? ¿Cómo se retoma el pulso a la vida tras una confesión que contiene un mensaje demoledor? Son preguntas que se hace Nuria de camino a la guardería, cuestiones para las que no tiene una respuesta convincente.

–Mami, ¿me compras una mochila para el cole de mayores? –pregunta la pequeña a su madre en cuanto la ve aparecer en el aula.

–Sí, claro.

Madre e hija van al centro comercial más cercano y, después de comprar la mochila de alegres y vivos colores que le ha gustado a Adriana, se detienen en una cafetería. La pequeña pide un zumo de naranja y un cruasán y Nuria un café muy cargado.

Apenas llevan cinco minutos en la cafetería, después de tomar un sorbo de zumo de naranja y con una naturalidad escalofriante, Adriana dice que ahí enfrente está su papi con Rodrigo.

Nuria dirige la mirada hacia el punto que señala su hija y descubre la escena que nunca hubiera deseado encontrarse.

—¿Ese es Rodrigo? —pregunta Nuria desde una desolación repentina, sólida, densa, como si fuera más importante el renacimiento de un fantasma al escuchar este nombre que alimenta tan lúgubres recuerdos a encontrarse con su esposo en una actitud cariñosa, distendida, con su secretaria.

—Sí, ese niño iba a mi guarda, pero ya no va —dice la pequeña con naturalidad—. Papá siempre le decía muchas cosas y le daba más besos que a mí cuando me dejaba.

Nuria, sintiendo la conmoción de un odio brutal, el férreo abatimiento de alguien ultrajado de una manera indigna, humillante, coge el cuchillo con el que acaba de trocear el cruasán e inicia una carrera desesperada hacia el lugar en el que se encuentran los tres en busca de un objetivo que tiene claro, muy claro.

—¡Hijo de puta! —grita ante el asombro de las personas que presencian la escena.

Adriana sigue a su madre con la mirada, sentada sobre una silla adaptada para bebés, balanceando los pies de una manera despreocupada; toma un sorbo de zumo de naranja, sonrío y en su sonrisa se perfilan los matices de un extraño pero concreto, egoísta y maléfico sentimiento de satisfacción.